

# Conversaciones cruzadas: entrevista a tres bandas con Rosa Solbes, Guillem Martínez y David Fernàndez

El 15M y el independentismo catalán  
han agrietado el relato oficial  
de la Transición\*

*Joan Canela*

Esta conversación nunca ha tenido lugar. Es el resultado de tres entrevistas hechas por separado a tres periodistas que —desde diferentes ópticas— han desarrollado un discurso propio sobre el periodo de la transición de la dictadura franquista a la actual monarquía constitucional. Son Rosa Solbes (Alicante, 1950), que cubrió en primera línea la Batalla de Valencia y se especializó en la violencia de extrema derecha que entonces vivió Valencia; Guillem Martínez (Cerdanyola del Vallès, 1965), autor del concepto *cultura de la Transición* —plasmado en el libro colectivo del mismo nombre—, y David Fernàndez (Barcelona, 1974), que ha trabajado las consecuencias de los pactos de la Transición en aspectos tan diferentes como la corrupción, la actividad fascista o el terrorismo de Estado en todo tipo de artículos y libros; el más reciente de ellos es la biografía del abogado August Gil Matamala, *Al principi de tot hi ha la guerra*.

---

\* Entrevista traducida por Verònica Zaragoza.

**Se habla mucho de la Transición, pero durante años se ha ofrecido siempre una visión única. ¿Cómo la vivisteis vosotros?**

**Rosa Solbes:** Fueron tiempos interesantes. Muy interesantes para vivirlos desde la política, el sindicalismo o el periodismo. Fue una época convulsa, pero con frutos deseables e interesantes: una reconciliación real, un pacto que sirvió para mirar adelante. Pero que es injusto olvidar que eso fue a expensas de sangre, sudor y lágrimas por parte de algunos, que hubo muertos, como Miquel Grau, Valentín González o Teófilo Martínez, un chico de Elda muerto durante una huelga y que fue el primer muerto de la Transición.

**Guillem Martínez:** Fue únicamente un gran pacto que se explica sobre todo por la debilidad de la izquierda española, que negoció el desarme de los movimientos sociales y la entrega de la cultura a cambio de una serie de derechos convencionales. La gente que lo vivió se cree protagonista, pero es mentira. No decidieron nada y solo quedó una generación frustrada.

Ahora, es cierto que hubo un momento, más o menos en la primavera del 76, que estuvo a punto de pasar algo. Entonces se vivieron condiciones objetivas para una ruptura en muchos núcleos urbanos. En mi barrio y en muchos otros, recuerdo que la policía se retiró. No sé si somos conscientes de lo que esto supone: la policía se retiró de los barrios obreros. Entonces, los principales derechos sociales —hacer huelga, sindicarse, asociarse, etc.— ya habían sido conquistados, antes incluso de la aprobación de la Constitución. En algunos casos, lo que hicieron las leyes fue regularlos y acotarlos.

**David Fernández:** Ante todo tengo que recordar que, en la Transición, yo no estuve, así que no quiero explicarla a gente que sí que vivió aquellos años. Pero a la vista de los resultados, sí que puedo extraer algunas conclusiones. Primera: hubo un pacto entre élites que cerró por arriba cualquier otra opción alternativa. Segunda: no fue la movilización *de una generación*, sino de unos millares, y es obvio, porque si se hubiera movilizadado toda una generación entera, Franco no habría muerto en la cama. Y tercera: no hay un final estilo Portugal, que era el modelo —a pesar de la contrarrevolución del 85— y que es lo que les permitió tener toda una serie de *conquistas de abril* que aquí no existieron. Y esta tercera es por la que hemos pagado durante todos los años siguientes, en forma de impunidad para los crímenes y para las fortunas amasadas. Una impunidad que se ha traducido en la baja calidad y pésima intensidad democrática y también en un modelo estructuralmente corrupto.

**RS:** Esto de la generación fue así. Excepto el PCE, todas las formaciones políticas eran muy débiles, más fruto del voluntarismo que de la voluntad, y sustentadas en una militancia que a menudo no pasaba de media docena de personas. Aquí hay que recordar el papel clave de los sindicatos, que podían aportar un sistema organizativo, puesto que ellos sí que tenían una estructura real.

Y a escala valenciana, la cosa todavía era más dramática, pues todos los partidos con algo que decir [aquí ya en un momento posterior] como el PCE, PSOE, UCD y AP, eran sucursales de Madrid, y a las cúpulas de Madrid no les importaban en absoluto las características especiales del País Valenciano. Y los grupos con discurso propio eran muy pequeños, tenían mucho discurso, puesto que eran élites intelectuales y universitarias, pero no tenían militancia. Una vanguardia sin nadie detrás.

**Pero durante años ha habido un relato oficial, hegemónico, de una Transición muy diferente...**

**DF:** Cuando a mí, en clase [en la Facultad de Ciencias Políticas de la UAB], me explicaron el relato de Victoria Prego, me levanté y me fui.

**GM:** Es que este relato es el único que ofrece el poder. La cohesión social no se basa en derechos materiales sobre las condiciones de vida, sino que se confía únicamente al relato. Y esta desconexión entre relato y realidad causa muchísima tristeza. Muchos militantes de la época sufrieron depresiones.

**DF:** El mito oficial de la Transición pivota sobre dos grandes mentiras: que el rey lo hizo todo —que es insultante— y que fue pacífica. No podemos olvidar que durante esta *modélica* Transición hubo más de 600 muertos, 200 de los cuales a manos de la policía o la extrema derecha. Atocha, el 23F, el País Vasco... son episodios que marcaron profundamente todos aquellos hechos.

**RS:** En Valencia, además, existió el factor propio de la Batalla de Valencia, con una violencia que, para que se me entienda, denominaré de baja *intensidad*, a pesar de que soy consciente de que no es lo más adecuado. Era una violencia que no buscaba matar como en Atocha, pero que también producía daños físicos. Y este era el objetivo: daños a la democracia y a la identidad valenciana que todavía estamos pagando. Casos como las agresiones a Pérez Casado o las bombas contra Fuster o Sanchis Guarner, buscaban no tanto matar —aunque bien lo podrían haber hecho— como acobardar. A los afectados, obviamente, pero sobre todo acobardar a una clase política de izquierdas que se tendría que haber mantenido firme ante estos hechos y, en cambio, buscó la confraternización y el apaciguamiento.

**GS:** Aquí hay una guerra de relatos en la que una parte impone el suyo, y esto crea de este modo una cultura vertical, única en Europa, en la cual es el Gobierno quien pone los marcos del debate posible. Es una auténtica pesadilla, un consenso angustioso que ahoga la capacidad de discrepancia y en el que todo lo que queda fuera es irrelevante. Una de las consecuencias más profundas de la Transición es que se crea en España una cultura de Estado que hasta entonces no existía. Antes, el Estado no confiaba tanto en la cultura y el lenguaje —que,

por lo tanto, tenían mucha más autonomía—, sino que la respuesta más normal era la Guardia Civil. Y, seguramente, *El País* es uno de los elementos materiales más visibles de esta nueva cultura de Estado.

### ¿Se empieza a agrietar este discurso a partir del 15M?

**DF:** Este discurso oficial empieza a agrietarse entonces a nivel contrahegemónico, pero debemos no olvidar que a escala marginal —y digo *marginal* con todo el sentido positivo— nunca se ha dejado de hacer.

**GS:** Hay dos momentos de ruptura del relato: el 15M y la rebelión independentista. Y en estos momentos la *cultura de la Transición* —que es este relato consensuado verticalmente— ha quedado solo como fósil.

**RS:** En las críticas del 15M hay una clara razón biológica, un cambio generacional. Hay un régimen agotado y hace falta una renovación. El problema existe porque nos empeñamos en hacer una revisión injusta del pasado. Para reivindicarse no hay que descalificar todo lo que se consiguió entonces. Y, tal y como pasó durante la Transición, las personas que tienen que hacer esta renovación no pueden ser las mismas que han estado durando la etapa anterior; pero una cosa es reconocer que ya ha pasado tu tiempo —porque las maneras de hacer política, de comunicar, etc. de los setenta no son las mismas que las actuales—, y otra es descalificar a esta gente.

**DF:** No quiero ningunear lo que se consiguió, que no fue poco, pero cuando estallan las plazas, se piensa en presente y en futuro, no en pasado; a pesar de todo, hay que hacer una revisión crítica cuando uno se hace la pregunta: «Con los cambios de la Transición, ¿a quién le ha ido bien?».

La crisis generacional es clave y se habla poco de ella. En la plaza de Cataluña hay este mosqueo de una gente a quien le habían explicado que era la generación más preparada de la historia y que tendrían un trabajo con un buen sueldo, casa, coche y vacaciones en el Caribe, y de repente el ascensor social se ha encallado. De hecho, llevaba encallado desde los noventa, con las reformas laborales que se hicieron, pero se había conseguido disimular gracias al sobreendeudamiento. Y con el estallido de la crisis se acaba el espejismo. Entonces la gente se gira y pregunta a los padres: «¿Qué habéis hecho con este país? ¿Qué nos habéis dejado?». Un trabajador calificado de 40 años cobra 1.300 euros, y un jubilado, 3.000, y que conste que no me quejo de la jubilación. Yo llevo cobrando alrededor de mil euros desde el 97. Pero cuando les dices esto, entonces se enfadan.

**GS:** El problema es que este momento de ruptura pasa y se acaba. El independentismo deja de ser real a partir del 2012, cuando el Gobierno [catalán] lo asume y lo paraliza y, desde entonces, deja de ser un movimiento de izquierdas para ser

*demagógico-trumpista*. Y en el otro lado, es Podemos quien liquida el 15M al asumirlo y paralizarlo en una formación de la vieja izquierda con todos sus límites e incapacidades para llegar a una ruptura.

**RS:** Es una grandilocuencia hablar de ruptura. ¿Realmente estamos ante una nueva constitución republicana? Si realmente se ven opciones de que las fuerzas dominantes y una mayoría de la población acepte poner fin a la monarquía, entonces podríamos hablar de nueva transición... Pero, ¿estamos en ese momento? A mí me parece que no, y nunca he tenido esta sensación. Como mucho vamos a una actualización de la norma constitucional, que es algo que hay que hacer de vez en cuando. La única convulsión mínimamente importante ha sido la del movimiento independentista, pero creo que tampoco hay tanto una voluntad real de cambio como un puñetazo encima de la mesa para que las reivindicaciones catalanas sean escuchadas. Es un objetivo que realmente han conseguido, y se han convertido en portada durante meses, pero sabiendo que la independencia no va a ninguna parte.

**DF:** Lo que estamos viviendo es una auténtica contraofensiva, en muchos niveles, pero también en el del relato sobre la Transición, en el que todo aquello que se estiró desde el 15M ahora se repliega desde arriba. Y, posiblemente, Cataluña es el único lugar donde este choque de legitimidades aún se encuentra mínimamente abierto.

### **¿Qué se puede aprender de lo que pasó hace cuarenta años? ¿Se pueden repetir errores?**

**DF:** Claro que se pueden repetir errores, porque si hay una cosa precisamente que enseña la historia es que tiende a repetirse. Y en este sentido el proceso independentista es demasiadas veces un espejo de lo que fue la Transición. Con el Quim [Arrufat, exdiputado de la CUP] lo decimos a menudo, este «Nunca más un país sin nosotros», porque este es el peligro. ¿Qué opción tiene el régimen ahora mismo? ¡Pues hacer una transición! Coger a los cien del manifiesto, hacer un acuerdo por arriba y cambiarlo todo sin que nada cambie.

**GS:** Pienso que, a diferencia de los años setenta, ahora la gente está más muy formada, si bien también es cierto que la mejor se encuentra en el extranjero. Pero Podemos y la CUP están repitiendo los mismos errores de entonces: ahogar el escepticismo, buscar al intelectual este que siempre les da la razón. La manía esta de construir un consenso en base a un relato y no a unos hechos reales no tenía que volver a suceder, y ahora mismo está volviendo a pasar en Cataluña, donde el discurso independentista no tiene nada que ver con las políticas reales. Y si lo repetimos, ya no seremos inocentes.

